

Cosquillas

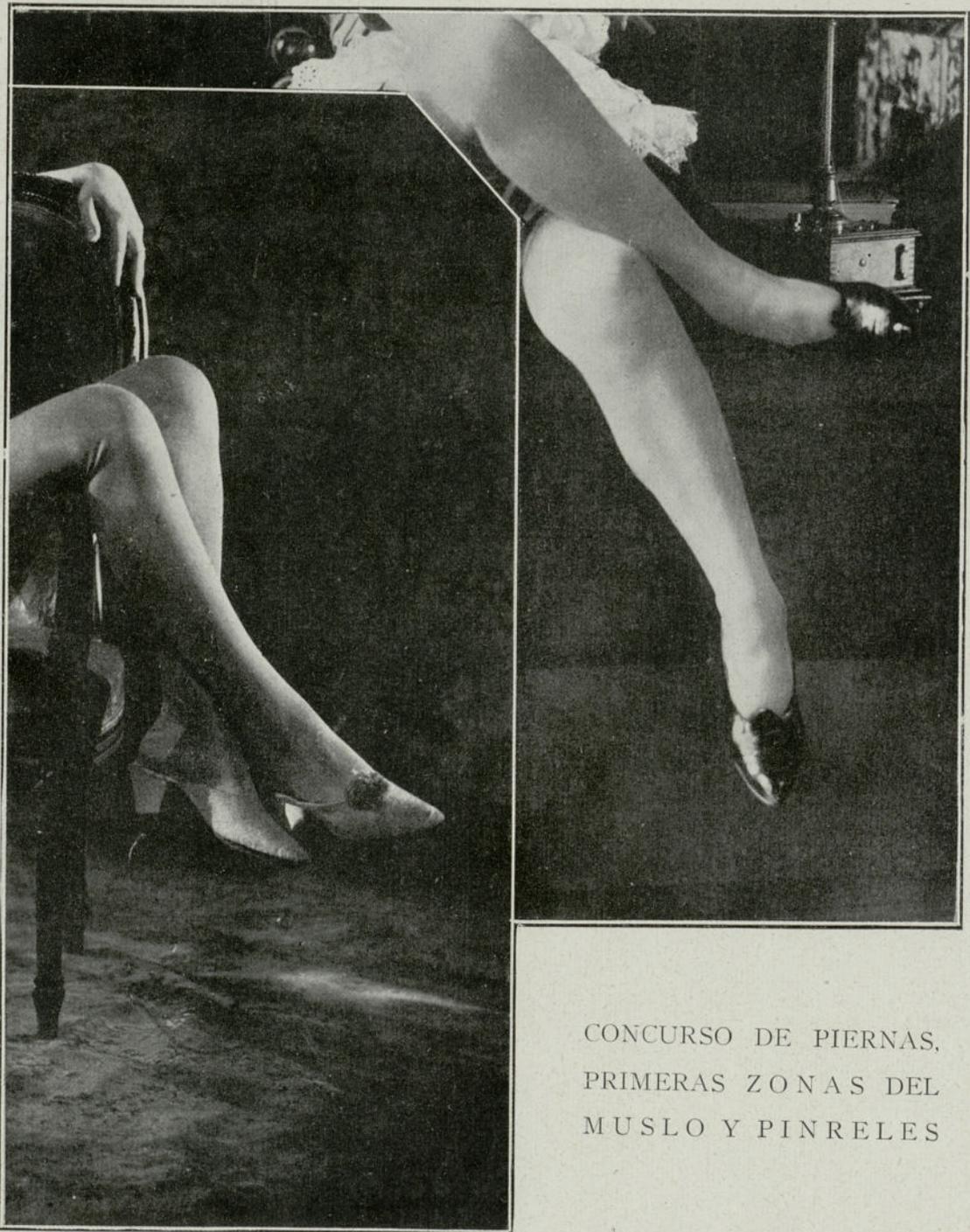
30 céntimos



SEGUNDAS TIPLES, por Demetrio

—¿Lo ves? Por eso no quería yo ponerme este traje de «apache»: Se me va a estallar el pantalón.

¡Pues como se te estalle el pantalón, el que va a hacer el «apache», va a ser el público!



CONCURSO DE PIERNAS,
PRIMERAS ZONAS DEL
MUSLO Y PINRELES

No dejar de comprar la BIBLIOTECA
DE COSQUILLAS. - 30 céntimos.

Pronto: FRÍVOLA

COSQUILLAS

REVISTA COMICO
SATIRICA

Aparece los sábados

Administración:

EDITORIAL 1927

Martin de los Heros, 65

Toda la correspondencia al aparato 8.032

Precio del ejemplar: 30 cts.

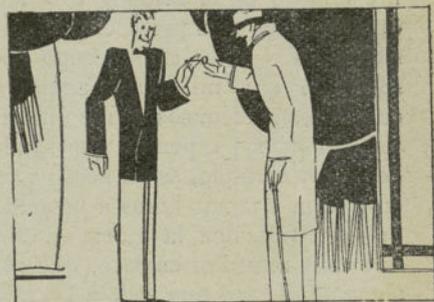
Director: INCORDIEZ



Año II Madrid, 18 de Junio de 1927 Núm. 38



Yo me he preparado, dentro de mis escasos medios, a pasarlo lo más hidráulicamente posible, este verano. Me he contratado de irrigador de jardín (jardinero) en una casa desaprensiva. ¡Y me voy a tirar un verano de humedad que pa qué!



—Para que veas que tengo confianza en ti, te doy la llave de mi casa
—¿Tienes confianza en tu mujer?

Dib. de Enciso.

Cositas en estado de feto

por

“El Chino desconocido”

¡Ya tenemos el calor encima! Yo cuando menos lo siento encima ¡Me está... caldeando más de la cuenta ya el astro monarca del sistema planetario conforme se mira pa hacia arriba. ¡Y que ya se sabe!; el que se tiene que bañar en una media fuente como este humilde servidor de ustedes, aunque se le queden los apellidos fuera del agua; el que como yo no tenga más que tres mudas (para mudarse; no vayan a creer que cultivo a las privadas del don de la palabra) para toda la semana, ya se sabe; en cuanto ejecuta el menor ejercicio, rompe a sudar, y como no se ponga en remojo cuando menos tres veces a la semana cría cardenillo en ocho días.

Empieza el sugestivo espectáculo (llamémoslo así; aunque yo lo llamaría de otra manera más expresiva y adecuada), de los paseos públicos y a la hora elegante en que las más bellas damas se sientan por grupos, en animada y frívola charla. ¡Y cómo se sientan! Juro por los manes de los tíos terceros de mis tatarabuelos, que es el más bello espectáculo pagano que se puede contemplar de gratis. En esas mañanas de La Castellana, y después de pasear un buen rato por delante de las sillas mirando de

reajo y descubriendo a cada cuatro o cinco damas el lugar del suceso, me tengo que retirar de allí en un estado tal de relajamiento, que si me dan a oler una gamba me tienen que atar.

¡La risa más barata!
 Se ha puesto a la venta el tercer número de la «Biblioteca de COSQUILLAS», que contiene «Los cuentos alemanes de Belorcio», contados por Fritz.
30 CENTIMOS
¡La risa más barata!
 Biblioteca de COSQUILLAS.—Apartado de Correos núm. 8.032.





COMENTARIOS DE UN DEMENTE

Reflexiones en un Sanatorio

ro de junio. Fiesta de la Flor. Me levanto de la cama y constato que no tengo una perra en los bolsillos. Es terrible esto; vengo observando que mi inopia adquiere caracteres endémicos y me entristezco mucho. ¡Y pensar que Lindberg, por ejemplo, se ha hecho rico en treinta y tantas horas a pesar de que no funciona la ruleta!... No hay más remedio, empero, que resignarse. Tengo que salir a la calle sin más arma que mi bondadosa sonrisa para defenderme de las bellas muchachas que pululan por las calles y que me asaltarán apenas me divisen... De repente me acude una idea si no luminosa, fosforescente... Mi patrona me tiene en estima y es posible que me preste unos duros para que yo pueda quedar como un señorito con mis numerosas amistades... Y así es, en efecto. Mi patrona se hace cargo de mi desairada situación ante los tuberculosos y se decide a obsequiarme, a pacto de retro, con cinco suculentos amadeos...

Pero, los duros en mi faltriquera, los tomo, de repente, un cariño enloquecedor... ¡Me dolería en el alma tener que desprenderme de ellos apenas iniciada nuestra buena amistad!... Sorteó como puedo a las primeras postulantes y, para dialogar con mi conciencia, me senté en un reservado de "El Sanatorio", el acreditado bebercio de la calle de la Cruz, donde, pensando, sin duda, en este aciago día de la fiesta de la Flor, el dueño—Pepe—, prohíbe la entrada y permanencia de señoras.

¡El Sanatorio!... En la penum-

bra del cuartito, ante los primeros chatos de Manzanilla y las primeras tapitas de jamón serrano, me doy a filosofar acerca de la tuberculosis y de sus peligros. Son millares y millares de ciudadanos los que sucumben cada año de tuberculosis ¡...! Son cientos y cientos los Sanatorios que levanta la caridad del pueblo para recogerlos y cuidarlos!... Llamo a Pepe y le pregunto que de quién fué la idea de titular "El Sanatorio" a su establecimiento... Y me dice que de su tío Victorino, del fundador de la Casa, a quien se le ocurrió por su convicción arraigada de que el vino es una panacea contra toda clase de dolencias físicas y espirituales...

Indudablemente le asiste la razón al gran Don Victorino... Aquí veo yo todos los días cómo los que entran más derrengados y cariacontecidos se tornan en seguida jocosos y optimistas... Y esto acalla las voces que me estaba dando mi conciencia, que me invitaba a salir a la calle para repartir, en cuproníqueles, los cien reales que me había sacudido mi patrona... Bien mirado, acaso yo mismo sería un pre-tuberculoso. Me canso de todo; no tengo ganas de trabajar; me da por planear viajes de recreo, que dicen es uno de los síntomas más elocuentes y fatales de la tuberculosis!...

¡Sí!... Indudablemente soy un candidato a tísico!... ¡Necesito cuidarme!... ¡No se pueden hacer tonterías!...

Cuando salgo a la calle—invertidos los cinco duros en mi medi-

cación—se me aproxima una peticionaria para clavar una florecilla de trapo en la solapa de mi americana... "¡Perdone, señorita!... ¡Soy un enfermo desdichado!... ¡Precisamente acabo de salir del Sanatorio y apetezco volver!... ¡Lo que ustedes recauden es en mi beneficio!..."

¡Y la señorita, apiadada, me alargaba dos duros que, por pudor, hube de rechazar...

Pero el año que viene tomaré mis medidas... El año que viene, si me noto más enfermo que ahora, procuraré que de una mesa petitoria me sufraguen mi estancia en "El Sanatorio" sin acudir a la bondad de mi patrona que es una mujer incomprensiva que me quiere cobrar los cinco duros sin apiadarse de mis tribulaciones...

LEOPOLDO BEJARANO.

TODA LA CORRESPONDENCIA
AL APARTADO 8.032



SORPRENDIDA, por Herreros.

Me han pillado ustedes pensando en unas cosas, que no me atrevo a mirarles de frente.



ESCRUPULOS, por Demetrio.

Parece que descargo mi conciencia al no ir a esa cita con los zapatos comprados por mi marido. Así, si doy un mal paso con estos otros, no le han costado el dinero a él.



Cosas de Belorcio

¡Le digo a usted, guardia...!

—Atardecía en el Parque del Oeste...

—¡En el Parque del Oeste y en la Cuesta de las Perdices! Con decir que atardecía, ya está bien.

—Pero diciéndolo como yo lo digo, adorna más.

—Venga.

—Atardecía en el Parque del Oeste. Sentado en un banco fronterizo al petreo sí que belicoso grupo que forman Luisito Daoiz y Perico Velarde, los vi pasar a los héroes...

—¿A Daoiz y Velarde?

—No, señor; a los héroes de mi relato.

Eran dos novios...

—¿Hombre y mujer?

—Naturalmente.

—Le diré a usted...

—No me diga usted nada, por Dios.

—Continúe.

—Caminaban clavándose mutuamente los ojos en amoroso éxtasis; las manos entrelazadas, despellejándose las caderas por su conjunción de costadillo...

—¡Pobres!

—Pero no era la viva llama del deseo la que ardía en sus pupilas, no.

—¡Ah!

—¡No!! Era más bien el rojo fulgor de la desesperación, el resplandor siniestro de las trágicas determinaciones...

—¡Su padre de usted y como describe!

—Es que esculpo... ¡Jjjjjj!... ¡Plaf!

—Esculpa usted para otro lado, que m'ha esturreao.

—¿Reanudo?

—Reanude.

—Los seguí a distancia, porque sospeché que se trataba de... ¡ah, que espanto, caballero!

—¡Dígame!

—Sospeché que se trataba de...

¡oh, qué dolor!

—¡Pero, venga!

—De unos amantes que iban a suicidarse.

—¡Qué espanto!

—Sí, caballero, sí.

—Y ¿en qué fundaba usted su sospecha?

—En que no cambiaban ni una frase de las usuales en estos ca-

sos. En el largo trayecto que hay entre el escultórico grupo mencionado y la frondosa planicie próxima a Puerta de Hierro, no escuché siquiera un "Dámela y márame", o un "Toma y muerde", o un "¡Maldito sea tu padre, pero que bien estás!"

—¿Ni el murmullo de un beso?

—Nada. Era un éxtasis de fakir, el de la pareja. Las negras alas del suicidio se abatían sobre sus cabezas juveniles...

—¡Pobres!

—Yo no perdía de vista al hombre y miraba hacia sus bolsillos con ánimo de descubrir, por el bulto, la existencia de un arma.

—¿Y observó usted?...

—Sí; me pareció que llevaba una gran pistola en el bolsillo izquierdo del pantalón.

—¡Espantoso!

—Llegaron a un bosquecillo y se internaron en él... Su fin estaba



Ella.—Yo lo que quiero es que el señorito me quite de criada y me coloque en sus oficinas.

El.—Pues si me obedeces en todo, acabarás por tener las mejores colocaciones.

Dib. de Angulo.

próximo ciertamente. A punto de perderlos de vista, se detuvieron; él se quitó el sombrero enérgicamente y exclamó: "¡De hoy no pasa!"

—¿Y ella?

—Ella se tapó la cara con las manos y murmuró sollozante: "¡Qué horror!"

—¡Desventurados!

—"¡Valor!" consoló él. "¡Es un momento nena, sólo un momento!" "¿Sufriremos mucho?"—interrogó la infeliz. "Yo, nada—aseguró él—soy muy entero. Y tú, ya procuraré yo que no sufras. ¿Se oponen a nuestro cariño? ¡Pues desde mañana no podrán hacerlo, se lo juro! ¿Estás decidida?" "¡Lo que

tu quieras, Estanislao!" concedió ella. ¡Se fundieron en estrechísimo abrazo, mientras él sin soltarla, bajó su mano izquierda y buscó algo en su pantalón... ¡La pistola seguramente!...

—¡Qué espanto!

—Fuí cobarde, lo reconozco. Cerré los ojos y me tapé los oídos para no escuchar las detonaciones...

—Pero, ¿cómo no se lanzó usted a arrebatarle el arma?

—¡Por si me sacudía a mí!

—¡Altruista reparo! Continúe...

—Cuando abrí los ojos, una nubecilla azulada flotaba en el espacio, mientras los dos cuerpos se retorcían entre la hojarasca en espantosas convulsiones...

—¡¡Qué horror!!

—Entonces sí, entonces corrió desolado, impetuoso como el huracán, veloz tal que el contador de un taxi, hasta topar con un guarda jurado... Balbuceante, referile el caso... Corrimos los dos hacia el lugar del suceso... ¡y aquí de lo trágico!

—¿Habían muerto ya?

—No señor.

—¿Agonizaban tal vez?

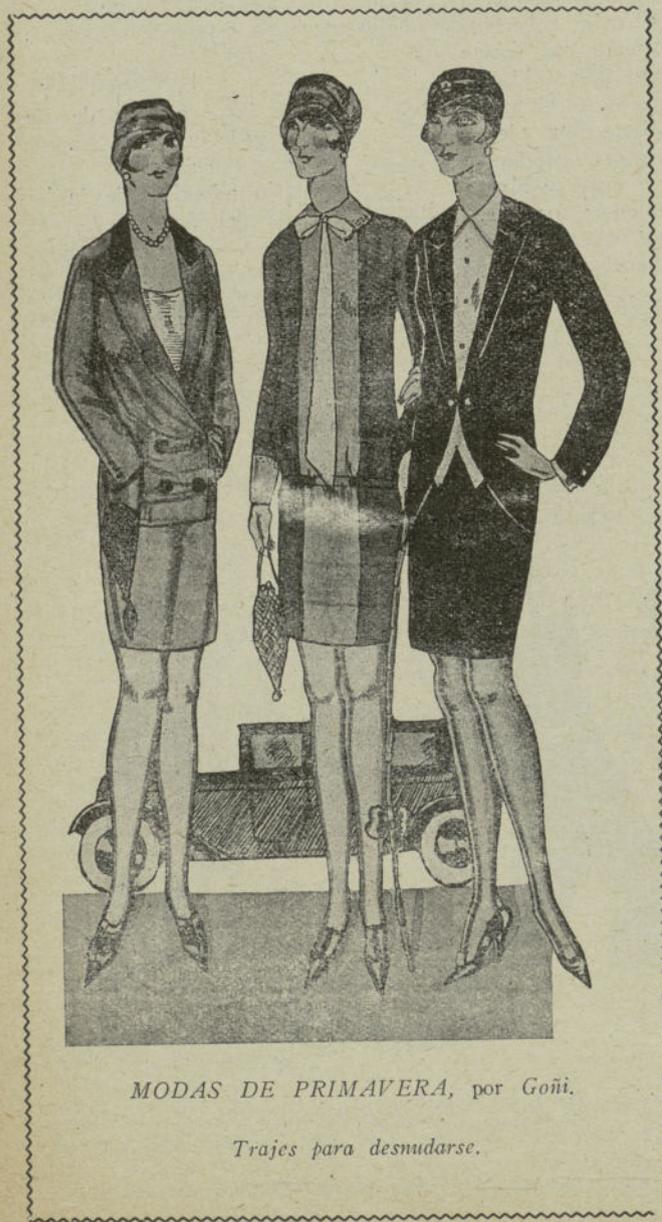
—¡Cá!

—¿Entonces?

—Cuando nos sintieron llegar, salieron corriendo.

—¿Qué?...

—¡¡Que salieron corriendo!! ¿o es usted idiota? BELORCIO.



MODAS DE PRIMAVERA, por Goñi.

Trajes para desnudarse.

Nuestros regalos

Número que se ha designado para el sorteo de los dibujos en color a los señores suscriptores de COSQUILLAS.

- Núm. 1.—D. Luis Delgado Alvarez, Córdoba.
 — 2.—D. Sebastián Cano, Madrid.
 — 3.—D. José Ortiz, Madrid.
 — 4.—D. Francisco López Maldonado, Ariza (Zaragoza).
 — 5.—D. Antonio Pi Bermúdez, Barcelona.
 — 6.—D. Tomás Gómez Plá, Madrid.
 — 7.—Sr. La Riva (hermanos), Guatemala.
 — 8.—Idem, id.
 — 9.—Idem, id.
 — 10.—Idem, id.
 — 11.—Idem, id.
 — 12.—D. Bartolomé Murillo, Barcelona.
 — 13.—D. Angel Pozo, Madrid.
 — 14.—D. Emilio Ruiz, Santa Isabel (Fernando Poo).
 — 15.—D. Adelardo Carrasco, Valencia.
 — 16.—D. Esteban de la Osa, Bilbao.
 — 17.—Club Incórdiez, Manzanares.
 — 18.—D. Rafael Cuervo, Madrid.
 — 19.—D. Anastasio Pérez, Zaragoza.
 — 20.—D. Luis Menéndez, Trubia.
 — 21.—D. Luis Perales, Sevilla.
 — 22.—D. Lucas Fernández, Madrid.
 — 23.—D. José Andreu Baldó, Almería.
 — 24.—D. Salvador Escobar, Madrid.
 — 25.—D. Teófilo de la Vega, Bilbao.
 — 26.—D. Juan Cruz Novoa, Davarán (Logroño).
 — 27.—D. Jaime de la Cruzada, Coruña.
 — 28.—D. Bernardino Praga, Madrid.
 — 29.—D. Onésimo Alcázar, Barcelona.
 — 30.—D. Luis D. Berrizbeitia, Caracas (Venezuela).
 — 31.—D. Miguel de Lara, Sevilla.
 — 32.—D. Anselmo Azpeitua, Bilbao.
 — 33.—D. Carlos Soler, Madrid.
 — 34.—D. José Sánchez López, Cartaojal de Antequera (Málaga).
 — 35.—D. José Luis Brú, Barcelona.
 — 36.—D. Edelmiro Ruiz, Madrid.
 — 37.—D. José Crespo y Crespo, Barbate (Cádiz).
 — 38.—D. Andrés Plaza, Córdoba.
 — 39.—D. Serafín Telmez, Madrid.
 — 40.—D. José González, Madrid.
 — 41.—D. Telesforo Sanz, Madrid.
 — 42.—D. Edmundo Fresno, Barcelona.

En el próximo número se dará cuenta del resultado del sorteo.



Charlas de Incórdiez ¡Para buscarse la perdición!

¡Sí señores; para buscarse un desavío de los obesos es lo que me ha ocurrido y voy a tener el honor de relatar, para vuestro regodeo y mi desahogo.

Habéis de dispensarme que en esta charla surja de vez en vez la centella de la indignación, pero el caso es como para reventar del sofocón. Oído al parche: ¡Maldito sea mi cuerpo!...

Estábamos Díaz-Antón y yo, el domingo, en un café céntrico, y al aproximarse el cerillero y observar yo que entre las revistas que expendía, al numeroso público, no llevaba nuestro COSQUILLAS, hube de preguntarle el porqué de aquella ocultación y silenciamiento; el cerillero tan pronto me reconoció se desfizó en disculpas haciéndome comprender que no era culpa suya, sino de parte del público, que se le había quejado por ir exhibiendo por entre las mesas del café la portada de nuestra revista: Un señor me ha reñido—dijo el cerillero—, diciéndome que esta portada es una indecencia...

Díaz-Antón me agarró de un brazo para evitar el asesinato del inocente cerillero: Díaz-Antón sabe que yo cuando me pongo azul, mato a los hombres por medias docenas y si son de mi pueblo (Lorca), con menos de un ciento despachaos, no me guardo la faca.

Cuando me pude serenar, le pedí perdón al amigo cerillero por mi nerviosidad, y le pregunté: —¿Me podía usted indicar al señor que ha dicho lo de la indecencia? Con mucho gusto y fina voluntad—me contestó el pequeño industrial—mire; aquél que está acompañado por aquella señora, vestida de verde.

Enfilé los faros hacia los individuos indicados, y perdí el don de la palabra por minutos siete con se-

gundos tres (yo soy exactamente matemático cuando enmudezco).

Cuando pude romper a blasfemar a todo tren, me tuvieron que sujetar entre once para que no avanzara hasta el detractor, el cual estaba sentado junto a su esposa legítima, la que voy a describir para que una vez conozcáis los pormenores del caso, me condenéis, o me ayudéis a volcar vasos de noche sobre el tierno carabao.

La señora en cuestión, que en honor a la verdad se merecía mejor gachó que el que le ha correspondido, de una guapez que desabrocha: Semivestida con un trajecito como de muñeca sin mangas, y un descote que mareaba más que un tobagán. Los labios pintados con bermellón fuego; las pestañas alargadas con *rimmel*, etc., etc...

Los brazos que tenía en completa desnudez, eran los más soberbios brazos que yo he tenido la suerte de ver; y las piernas las rodillas y parte del muslo (que hasta el muslo se veía conforme tenía una pierna montada sobre la otra), producían el espasmo con la simple y rápida ojeada, y sugestivamente; rozotescamente calzada como remate, aunque como remate debo hacer constar que

iba perfumada con un aroma de esos que agarrotan: Esta que acabo de retratar, es la gachí que acompañaba al beduino disfrazado de hombre moral que apostrofó al vendedor de nuestro periódico porque la portada era una indecencia.

Si yo no fuera al par que el enano más procaz del mundo, el más respetuoso amante de su padre, hacedme la merced de figuraros la cantidad de blasfemias que le hubiera dedicado al progenitor del pedazo de cascote.

¿Pero en qué momento vivimos? ¿Se puede tolerar esto que acabo de contaros y que es la verdad más pura?

Espero vuestra sanción con el acero afilado: o para seccionarme la yugular si hago mal al indignarme por lo sucedido, o para marcarle media en las agujas al *fulano*.

Vuestro hasta esguardamillarse,

INCÓRDIEZ.

De la Academia de Belleza y de la de La Lengua a la Escarlata.

Hijo adoptivo de la barriada del Arroyo Abroñigal y Caballero Escocido.
(¡Nos ha fastidiado!)

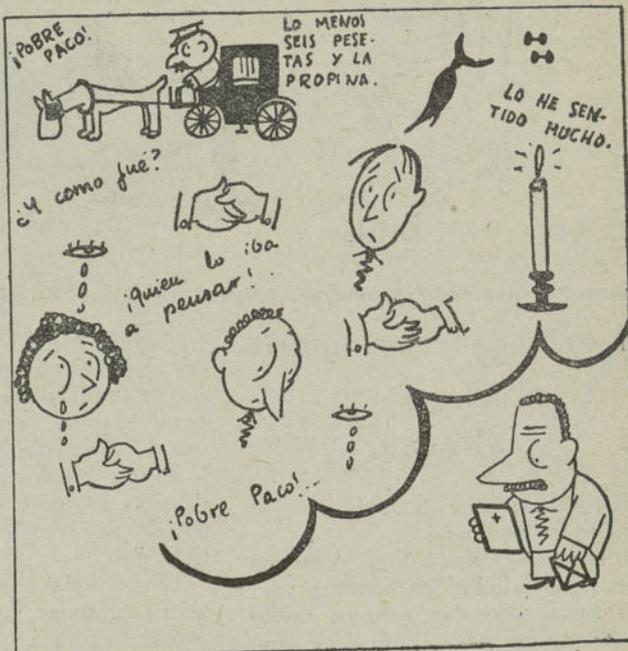
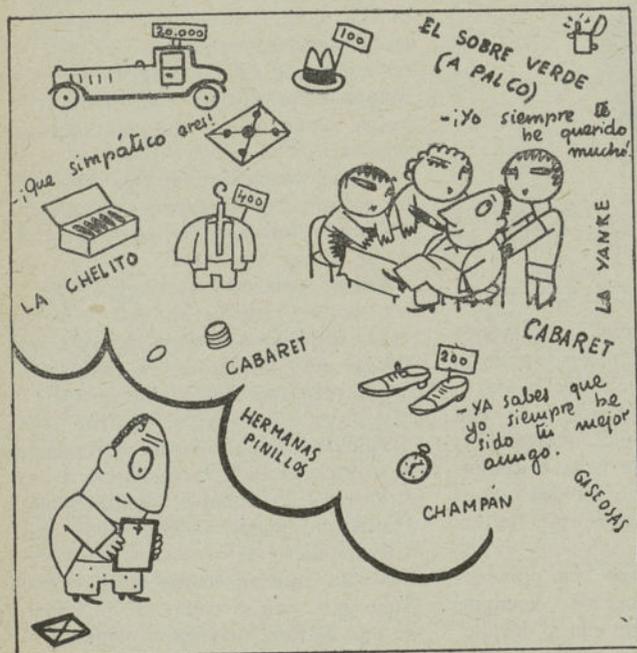


UN GUARDIA DIPLOMATICO, por Herreyros.

Las señoritas.— Oiga usted señor guardia: ¿Qué daño hace esa mujer por estar arrimada a la valla?

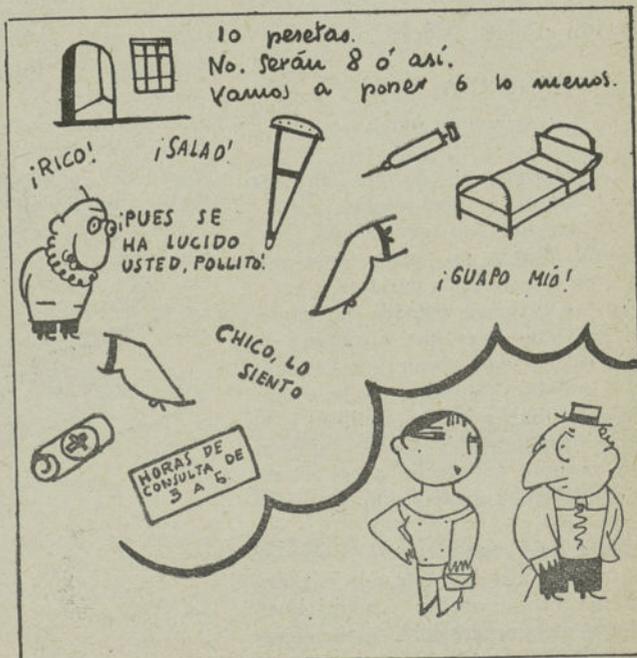
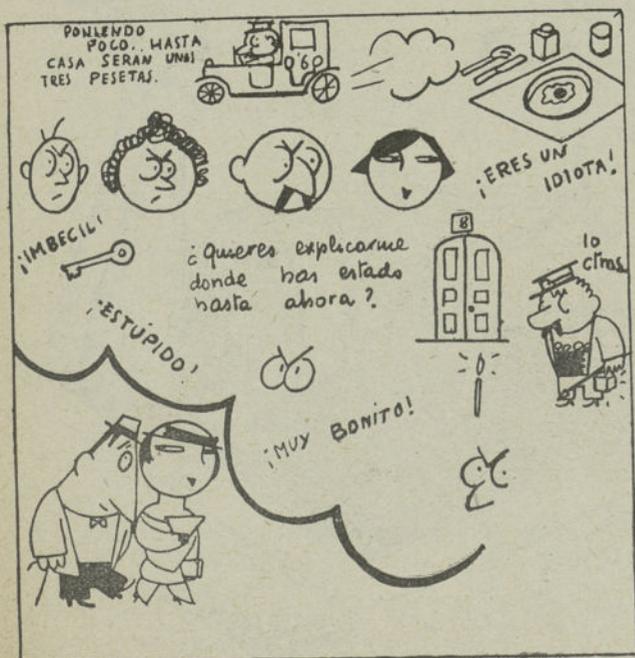
El guardia.— Daño no es que haga, pero debilita. ¡Ustedes no entienden de esto por lo que parece!

SENSACIONES, por Mihura



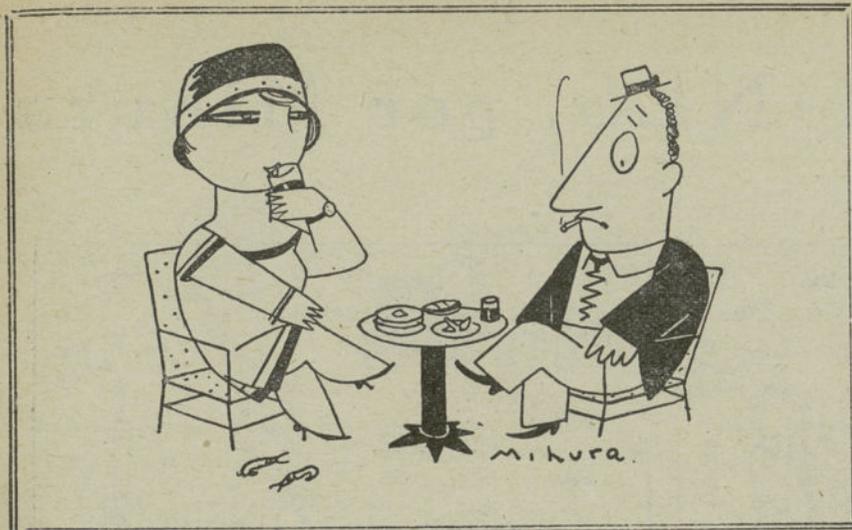
Lo que ve un estudiante cuando se le muere un pariente rico en América.

Lo que vemos cuando se nos muere un pariente pobre en Madrid. (¡Egoistas que somos!)



Lo que ve un hijo de familia cuando, por acompañar a una chica, va a llegar tarde a su casa.

Lo que vemos todos cuando contemplamos a una mujer desaprensiva en la calle de Preciados.



El arte de tener novia

PRIMERA PARTE

LA NOVIA

¡Oh, la novia! ¡La novia!

¿Qué es una novia?

Una novia es una mujer joven con ojeras que utilizan los hombres para entregarla todos los retratos viejos que tienen en casa, y que sirve también para ponernos muy mal el pañolito del bolsillo superior de la chaqueta.

Una novia es fácil tenerla.

¡Pero es muy difícil saberla tener!

¿Por qué?

¡Oh!

Verán ustedes. Verán ustedes.

SEGUNDA PARTE

EL NOVIO MALO

Los hombres se dividen en dos clases. Unos que son idiotas.

Y otros, que son mucho más.

Estos últimos no saben tener novia y estropean a las mujeres.

Porque fíjense ustedes la cantidad de estupideces que ejecutan:

Todos los días pasan por la casa de la novia y miran sus balcones. Ella está detrás de los visillos y le sonríe. Entonces él sonríe también y se va muy satisfecho a su oficina en donde trabaja con gran entusiasmo.

Esto como comprenderán ustedes es imbécil. Un hombre puede estar contento en su oficina y multiplicar divinamente sin necesidad de ver cómo una hija de familia contrae los labios detrás de unos cristales que además suelen estar sucios casi siempre.

Pero no es esto sólo.

Cuando va al "cine", comprende que el haber abonado dos cincuenta por la localidad le da derecho a propasarse y en vez de apretarle una mano solamente como acostumbra, le aprieta las dos y le roza disimuladamente un muslo con un dedo, dando con ello grandes muestras de satisfacción.

También algunos días tras numerosos y grandes esfuerzos consigue juntar su boca a la de ella y después de hacer un pequeño ruido con los labios se pone contentísimo y en

agradecimiento la convida a pastillas de café con leche.

Y es que esto para ellos es algo exquisito, de lo que guardan constante recuerdo y en lo que piensan todas las noches al acostarse, mientras se quitan los calcetines.

En las conversaciones que sostiene con ella le pregunta invariablemente si ella siente por él mucho cariño y si la respuesta es afirmativa él da a entender que esto le alegra y le conmueve y le aprieta una mano tres veces seguidas con fuerzas insospechadas.

Si por casualidad ella le dice que ha soñado con él, entonces la alegría es mucho mayor y se pone encarnado de placer.

Estos novios le escriben cartas a las novias encabezándolas con un "Queridísima morronga de mi alma" o "Mi adorada pasión" e invariablemente terminan despidiéndose con un "tu, tuyo, tuyo, tuyo, Pichichi".

Además la convidan a merendar y le dicen que pida lo que quiera.

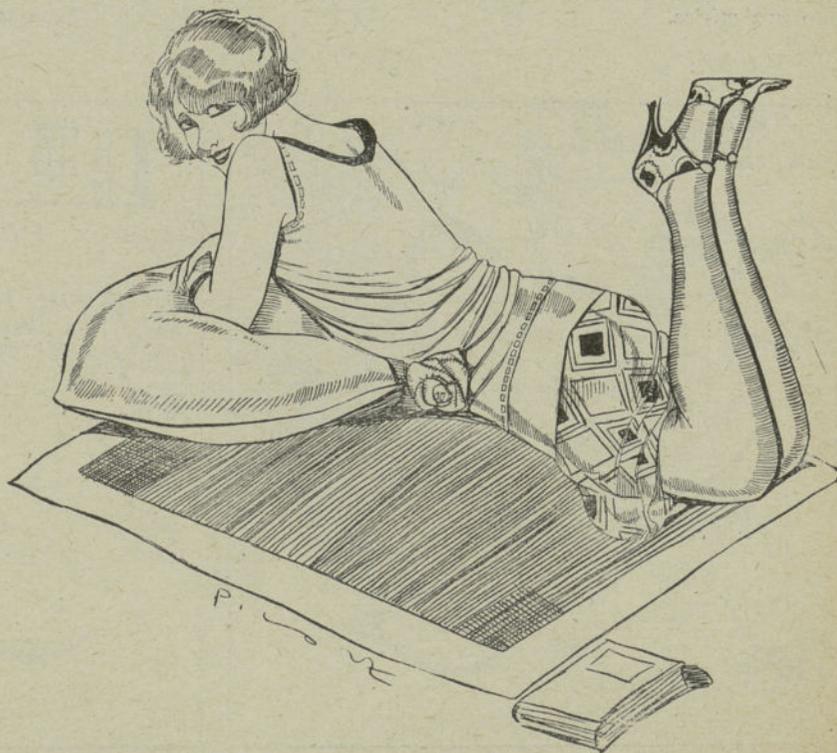
Y esto un hombre medianamente sensato no puede hacerlo.

Pero ellos, sí.

Y se quedan embobados viendo cómo ella come, como si lo hiciera de una manera original y elegante.

Y no es verdad.

Ella come como todo el mundo.



—¡Ya estoy harta del pelmazo del Administrador!... Todos los días me dice: "¡No se aburra, no se aburra!"... ¡El burro lo será él!

Dib. de Picó.

Abre la boca, se mete dentro un trozo de bocadillo, junta los dientes luego, y el pedazo de pan queda dentro ya partido. Entonces, durante un ratito, se dedica a masticar, muy seria. Cuando lo ha masticado bien, hace una leve presión con la garganta y se echa todo dentro. Y entonces sonríe satisfecha y vuelve a hacer la misma operación con otro pedazo.

Esto no tiene nada de interesante como ven ustedes.

Todo esto es perfectamente aburrido.

Y, sin embargo, *el novio malo* se entretiene mucho con ello y paga las siete pesetas que le ha costado esta diversión con un gran desprendimiento.

También gozan con otras cosas extrañas.

Cuando le tocan un brazo a su novia se ponen muy contentos y enrojecen de voluptuosidad.

Y esto es una estupidez. Yo no creo que nadie se ponga contento tocando un pellejo relleno de carne, teniendo además la completa seguridad de que dentro hay un hueso que seguramente será parecido a esos que mastican los terranovas con gran apetito.

Y estos hombres, después de cometer toda esta cantidad de estupideces riñen con la novia por estas cosas, que ya rebasan límites insospechados:

O porque ella al despedirse una tarde no le ha frotado la mano con la acostumbrada fuerza, o porque la chica un día en vez de llamarle "Pirracas" le ha llamado por su verdadero nombre de pila.

La idiotez de estos individuos llega a estos extremos.

Y, claro, estropean a las señoras.

TERCERA PARTE

LA NOVIA ESTROPEADA

Y, naturalmente, esa chica se echa después otro novio y para que les voy a contar a ustedes.

Están tan mal acostumbradas que no se dejan tocar más que los brazos. Llegan dos horas después a todas las citas.

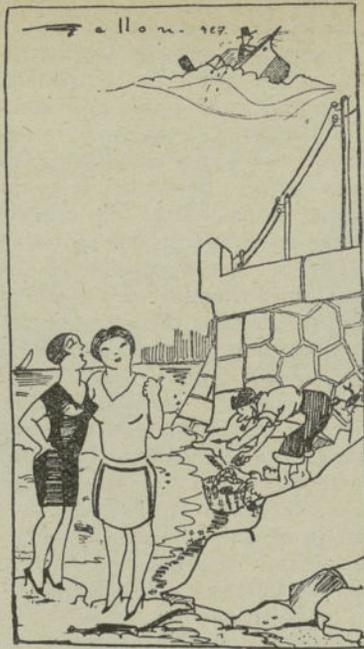
Hay que pasearlas la calle dos veces al día.

Y además están acostumbradas a merendar diariamente.

¡Y a esto no hay derecho!

Uno puede querer mucho a una mujer, puede divertirse un horror contemplándole las facciones, puede estar muy orgulloso de ver que el brazo de su novia es redondo.

Pero no es razonable que porque



IGNORANTE, por Bellón.

—Oye; ¿qué busca ese hombre?

—Almejas.

—¿Entre las piedras?

uno ponga cara de primo al tocarla un muslo tenga uno que gastarse las pesetas en ver cómo ella mastica un bocadillo de jamón.

Esto no es lógico.

Y no es que yo sea egoísta.

Soy razonable.

Y prefiero gastarme seis pesetas en ver bailar a *La Yankee*, que en observar como una señorita concienzudamente honrada hace desaparecer dentro de su boca una gamba, mientras dice frases como éstas: "Ayer ha hecho calor", "te quiero mucho", "qué sombrero tan bonito lleva Pilar". "¿Dónde has estado hoy" y "No seas tonto, chiquillo".

Pero como todos no somos así, los razonables no podemos tener novia porque nos las estropean los jóvenes insensatos.

¡Qué asco de vida!

¡No puede uno hacer nada, caray!

CUARTA PARTE

EL PERFECTO NOVIO

Y ahora, mientras la criada me cepilla el sombrero y me prepara la ropa para salir, les voy a dar a ustedes unos consejos referentes a las novias:

1.º No convidarla nunca a merendar, excepto cuando la chica haya gastado energías por vuestra causa y sea nuestro deber reparar sus fuer-

zas. Y para eso, antes de invitarlas, hay que cerciorarse si ella lleva dinero para pagar lo suyo.

2.º Cuando se las ha citado a las seis y cuarto, procurar llegar a las ocho menos diez. Y si objeta algo en contra nuestra sacudirla un guantazo en el cogote.

3.º Cuando ella diga que le gustaría mucho dar un paseo en lancha o ir a algún teatro de más de tres pesetas la butaca, no responder nada, pero procurar que la patada sea en los riñones.

4.º No permitir que use sostén. Luego todo son dificultades.

5.º No llevarla al "cine" * como ella no pague su butaca. Igual goza ella que nosotros y no es lógico que nosotros lo paguemos todo.

6.º No consentir que nos llame "Nene mío" delante de nadie.

7.º No decirles "rica" ni "guapa" ni "encanto mío" más que en el preciso momento de estar estropeando un mueble.

8.º No permitir bajo ningún concepto que nos acompañe en esos días penosos que tienen las mujeres y en los que no hay manera de ejecutar nada. Esos días que la aguante su madre.

9.º No admitirla ningún rizo de pelo.

10. No regalarla ninguna polvera el día de su santo.

Y así tener novia será una bicoca. Pero mientras que sigan con las exigencias de ahora, trae mucha mejor cuenta meterse en unas apreturas, colocarse junto a una dama, y con esto se tiene la ventaja de que se disfruta igual y no hay que molestarse en darle a la gachí caramelos de limón ni en decirle que nuestro corazón es una hoguera que arde por su cariño. ¿Es verdad o no es verdad?

Claro, hombre.

Si yo otra cosa no seré, pero en tocante a pelma es que lo domino.

Ahora, que eso sí.

Soy pelma, pero honrado.

MIGUEL SANTOS.

(Ilustración de Mihura.)

FOTOGRAFÍAS GALANTES: RARAS Hermosas colecciones

10 pesetas en sellos de Correos

Escribid a **Excelsior**, Poste Restante Central.

BORDEAUX (Francia)

DIVAGACIONES EN EL ALERO

Compases de charlestón

Nos preocupa la fobia desatada contra el charlestón. A más de los naturales anatemas que acarrea toda novedad un tanto atrevida, contra el charlestón se han lanzado los autores dramáticos, los cronistas sesudos, los músicos ilustres y muchos honrados padres de familia que no son más que eso: padres y honrados.

¿Qué tiene el charlestón para producir tanta irritabilidad en las gentes serias y aún en algunas medianamente frívolas? Nosotros en esta danza tan agitada encontramos motivos para la lamentación de una estimable clase social y para el regocijo de otra no menos respetable y necesaria. Bailarines, la primera, y zapateros de portal, la segunda.

A los bailarines ha causado el charlestón los trastornos que suele producir a un ciudadano que trabaja la fórmula yanqui del trabajo intensivo. Un pasodoble no dejaba de ser un paseo, acelerado a ratos, pero siempre agradable, ya que lo que tuviera de fatigoso estaba compensado por lo grato del contacto que establecía. Un chotis—vamos a escribir sin letras ociosas—era una delicia acompañada sobre un baldosín. El paso corto y el paso largo de la habanera nos hicieron felices en años ¡ay! que ya no volverán. El tango, aunque exigía un mayor esfuerzo, producía una emoción estética extremadamente agradable. El shimmy, el mismo fox-trot, aunque señalaba un notable avance en la intensidad del esfuerzo, no pasaban de dar motivos a una agitación rítmica bastante voluptuosa y poco fatigante. Pero, ¡el charlestón!... No creo que ningún capitán de industria, que ningún bracero campesino, que ningún cargador de muelle trabaje a la hora presente lo que un bailarín de cabaret. Si todos esos robustos ciudadanos que, sobre la pista de Price, se disputan esforzadamente el cinturón de Madrid—no sé para qué—en enconadas luchas grecorromanas, quisieran adelgazar, empalidecer y debilitarse yo no les recomendaría más que una abundante serie de charlestones por mañana y tarde. Nunca con más razón que ahora ha podido aplicarse a los bailarines eso de “la sufrida clase”. Y, sin embargo, los bailarines no pro-

testan. Bailan resignados y silenciosos. Tuercen los pies, doblan las rodillas, agitan todas sus extremidades—sin excepción alguna—, se combaten, se ciñen, se despegan y se sacuden sin dar paz a un músculo, ni quietud a una fibra de carne, ni serenidad a un hueso. En cambio, protestan los caballeros que no bailan y las señoras que ven bailar. Y estaría más justificado que acudiesen en socorro de esos mártires de jazzband y les amparasen, prodigándoles tiernos cuidados.

—¿Por qué, ¡oh, joven infeliz! se sacrifica de esa forma?—debería preguntárles cualquier dama sensitiva.

Y frente a las protestas no surge la voz interesada en defender esa danza: la de los zapateros de portal. Ellos podrían responder a las personas humanitarias que compadeciesen a los bailarines.

—Nosotros también tenemos hijos. Y no hay par de zapatos que resista tres sesiones de charlestón. No deseamos el sacrificio de los bailarines, pero es ley de vida que unos

sufran para que otros gocen, que unos sucumban para que otros vivan... El sacrificio de los que bailan el charlestón redundará en pro de nuestros intereses. ¡Viva, pues, el charlestón!

Todo esto estaría justificado. La protesta de una clase que padece y la defensa de una clase que se beneficia. Pero, ¿por qué los autores dramáticos se meten con el charlestón? ¿por qué los músicos? ¿por qué los padres de familia?

El charlestón está ahí para que lo baile quien quiera, y los bailarines aunque no quieran. Si hay quien lo baila, joven delicada o pollo decidido, es porque entre los violentos compases desacompañados de esa musiquilla y entre las contorsiones a que han de someter su integridad física, encuentran un placer, que va más allá del pisotón y que acaso se aproxime a lo que decimos—con léxico expresivo—“partirse el pecho”. Cosa que más que un traumatismo, es una voluptuosidad.

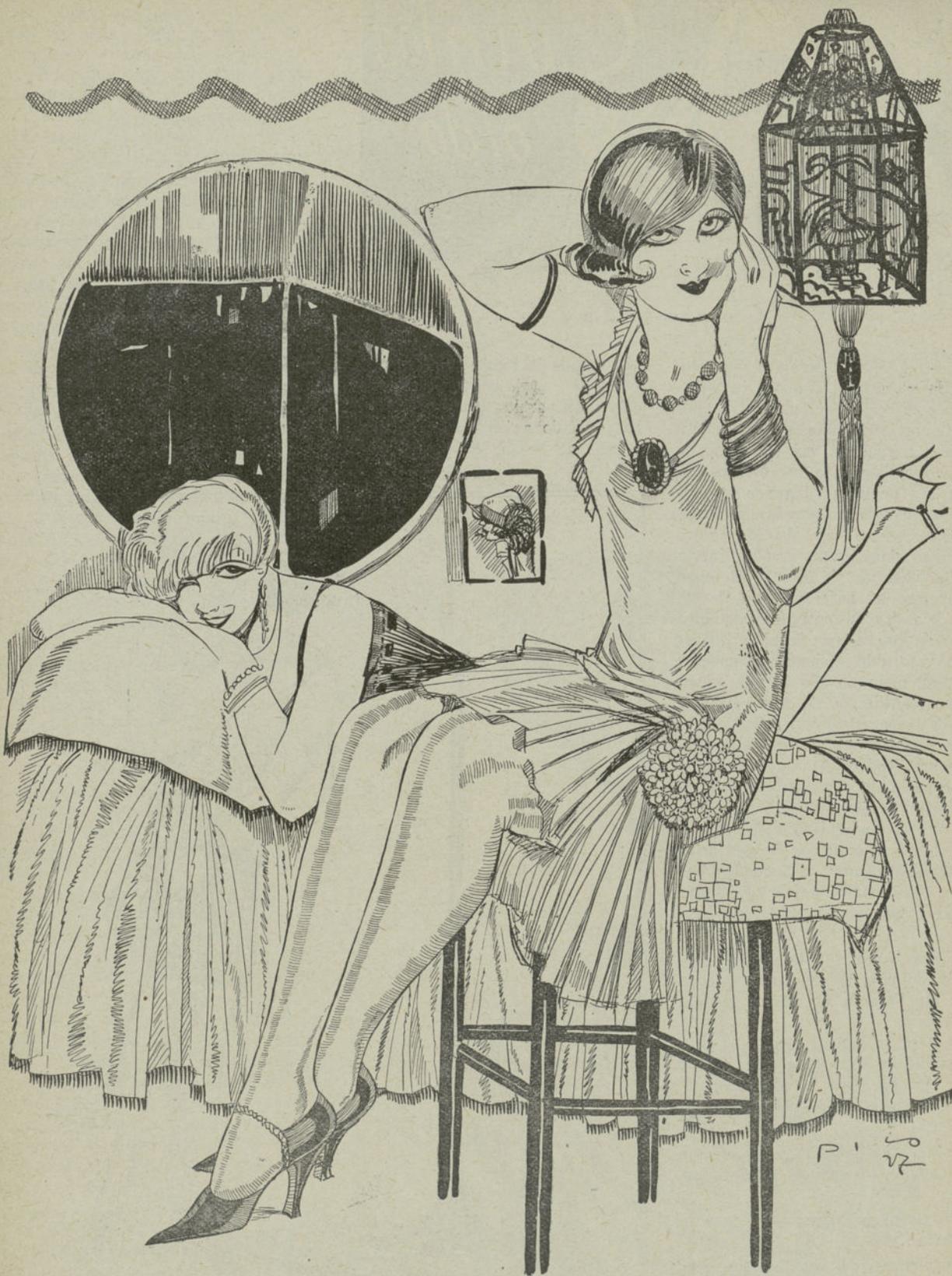
VENEGAS.



HERREROS 20

La nena.—¿Como me sigan molestando llamo a mi mamá!
—Uno.—¿Sí?... Oye; ¿qué edad tiene?

Dib. de Herreros.



DUDOSA CONDUCTA, por Picó.

—¿Sabes que Luisa se hecho íntima de Isabel?
—¡Valientes, tor... tuosas!



Curiosidad

Cuatro mozos, Serapio, Juanico, Antolín y Andrés, avanzan en silencio por las calles del pueblo. Es noche de invierno, fría, silenciosa. En el cielo parpadean las estrellas; en el suelo brillan bajo los escasos faroles las pequeñas lagunas de los charcos originados por las recientes lluvias. Suenan las abarcas contra los guijos puntiagudos con un fuerte chocleo isócrono. Y este es el único rumor que se percibe: Tras de un rato de andar, los cuatro se detienen al pie de un balcón. Serapio, que es el más fornido, asienta firmemente sus pies, mientras afianza sus manazas en los hierros de una reja. En seguida trepa sobre él Juanico y sube sobre Juanico Andrés y se encarama sobre Andrés Antolín, formando una especie de corpulenta guirnalda que parte en dos la fachada de la casa con su ancha franja negra. Antolín, que, como hemos dicho, forma la cúspide, alcanza al balcón. Pega contra los cristales la faz y bisbisea: —Hay una rendija, hay una rendija...

Lo oye Andrés y la noticia desciende de uno en otro mozo hasta parar en Serapio, el cual, a su vez pregunta:

—¿Y se ve algo?

Cuando la interrogación asciende hasta Antolín, éste la contesta:

—Todavía no se ve nada. Hay luz nada más.

Siguen unos momentos de silencio y de calma. De pronto, Antolín murmura:

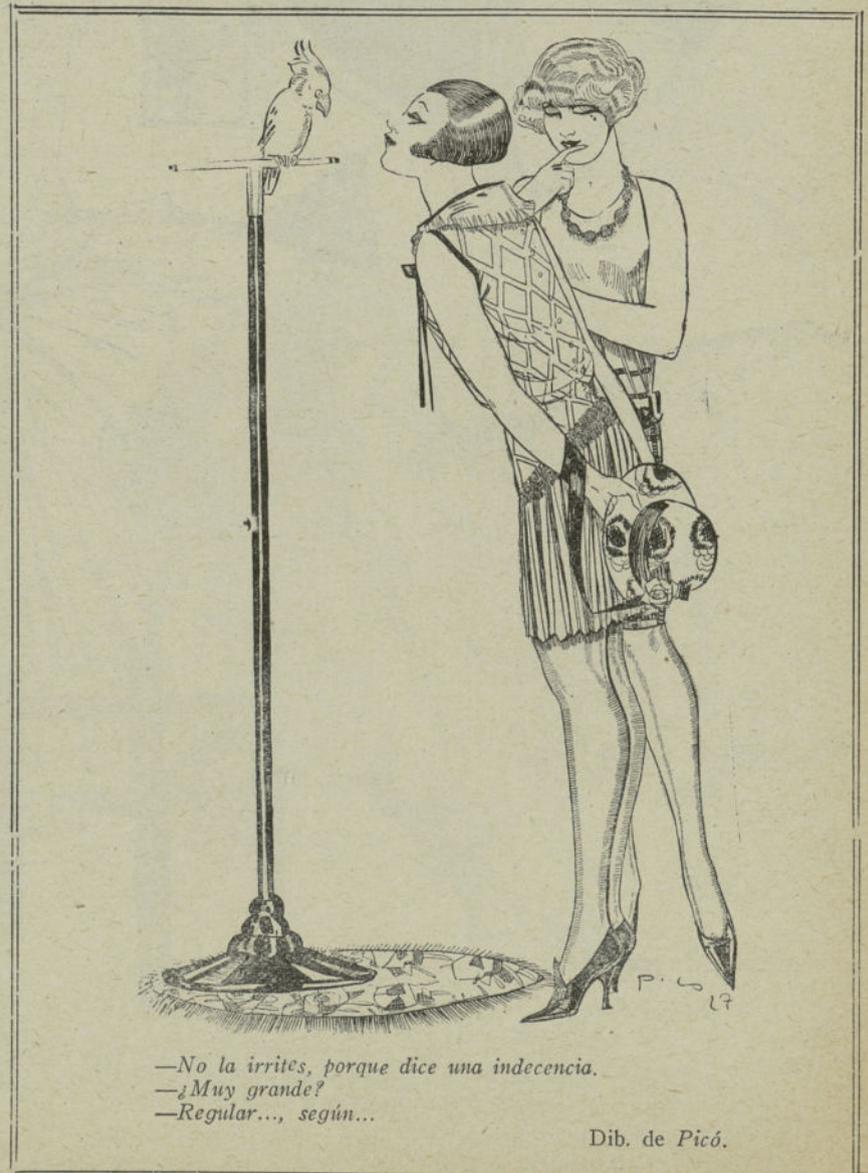
—Ya se abre la puerta, ya se abre la puerta...

Las mismas palabras suenan tres veces en boca de los tres mozos restantes y se intensifican de un modo especial al ser pronunciadas por Serapio, cuyos ojos faunescos relumbran en las tinieblas.

Trátase de que, en aquel día, se

han casado la Paula, la del tío Picón, y Antonio, el de la Nieves. El diablo, que anda suelto por todas partes, ha inducido a los cuatro amigos a presenciar lo que haya de pasar en

la alcoba de los novios y, para lograrlo, no han encontrado mejor medio que el que acaban de poner en práctica. Los puestos que los cuatro ocupan los han conseguido mediante un sorteo en regla, pues todos querían ser el de arriba. Y ha ocurrido lo que en la lotería, donde uno solo disfruta del gordo, o lo que en la madera de casa del imaginero, la cual, aunque sea del mismo árbol, ha de dar un trozo para el santo y otro para la peana. Antolín, por consiguiente, podía ver con sus propios ojos a la Paula, moza juncal, de carne morena, ojinegra, sensual, redonda, cimbreña y deliciosa, hecha toda ella con quintaesencia de mieles y de canela, mimosilla de voz, risueña de faz y trémula de cuerpo. ¡Qué encanto de moza!... Los demás habrían de contentarse con oír lo que Antolín les vaya contando.



—No la irrites, porque dice una indecencia.
—¿Muy grande?
—Regular..., según...

Dib. de Picó.

—¡Ya entran los novios, ya entran los novios!—pronuncia el vigía.

—¡Ya han entrado los novios!—repite Andrés.

—Ya han entrado...—murmura Juanico.

—¡Ya!...—dice solamente Serapio estremecido de emoción.

La escena continúa. Antolín, con frases cada vez más entrecortadas narra a sus amigos cuanto va viendo. Nada extraordinario desde luego, sino sencillamente lo que suele acontecer en semejantes circunstancias. Las noches nupciales vienen a ser todas parecidas. Así lo quieren el amor y el deseo, bajo cuya férula claudicamos todos. Habla, pues, Antolín de abrazos frenéticos y de ósculos sabrosos. La cadena que forman los cuatro mozos se va cargando de una electricidad sensual; los sentidos se aguzan; los cuerpos se escalofrían; los pulsos brincan con un desaforado desasosiego. La escena de la alcaoba, al derivar por la cadena humana, llega hasta Serapio, y como de éste no puede pasar a otro, toda su sensualidad se remansa y se densifica en él. A cada noticia, que viene de lo alto, el cuitado trasuda. Luego, de pronto, se acuerda, sin saber por qué, de la Gallega. La Gallega es una moza, que vive en un callejón del pueblo, no lejos de allí. Es una mujer que no posee más finca que su cuerpo, finca provista de excelentes rincones, de los que todos pueden ser turistas por unas monedas. A cada beso, a cada caricia de los novios, la visión de la Gallega se hace más jugosa y tentadora en el conturbado ánimo de Serapio.

Los acontecimientos parece que apresuraran su marcha. Antolín, al menos, apresura las nuevas de su espionaje dando cada vez detalles más candentes. Y los mozos trepidan de impaciencia.

Llega, al fin, un momento de emoción culminante. Antolín, que tuviera hasta entonces la lengua expedita, vese repentinamente atacado de una extraordinaria tartamudez. Apenas acierta a hilvanar unas cuantas palabras sin sentido.

—Ahora...—exclama... ahora...; ¡Ay, su madre!...

—¿Qué pasa?...—le preguntan sus compañeros a un tiempo.

Antolín guarda silencio, un obstinado silencio, que se prolonga unos momentos. Entre sus narices y el cristal del balcón se ha establecido un inesperado pugilato para ver quién es más fuerte. Los mozos le instan:

—¡Vamos, hombre!... ¡Habla!...

Antolín lanza unos sonidos gutu-

rales, inarticulados. Las sílabas se rompen entre sus dientes prietos. Sus pies pesan más sobre los hombros de Andrés, que se encorva sobre Juanico, el cual se reconcome sobre Serapio. Baja con ello la escala que lo sostiene y Antolín recobra súbitamente el uso de la palabra para ordenar con voz bronca:

—¡Aupadme..., aupadme, recontra!...! ¡Se nos escapará lo mejor!...

Y, en cuanto todos se yerguen con un vigoroso esfuerzo, la lengua vuelve a trabársele, como si se le llenara de guijos la boca.

Inesperadamente, Antolín, Andrés y Juanico sienten un violento terremoto, que les hace oscilar, temblar y refregarse contra la pared. Serapio, el cuitado, parece acometido de una invencible embriaguez o de un ataque de locura. Sin parar mientes en nada, desampara a sus tres amigos y, mientras éstos ruedan por el suelo hechos un revoltijo de mantas y de

cuerpos, él dase a correr calle adelante...

* * *

Una plazuela solitaria. En ella, una casucha vieja, caduca, de irregulares ventanucos. Tiembla una luz mortecina en un farol de cristales rotos. Y danzan las sombras su zarabanda de ensalmo en los rincones. Un hombre llega apresuradamente a la puerta de la casucha y llama con el puño prieto. Le abre una vieja, con una palmatoria en la mano.

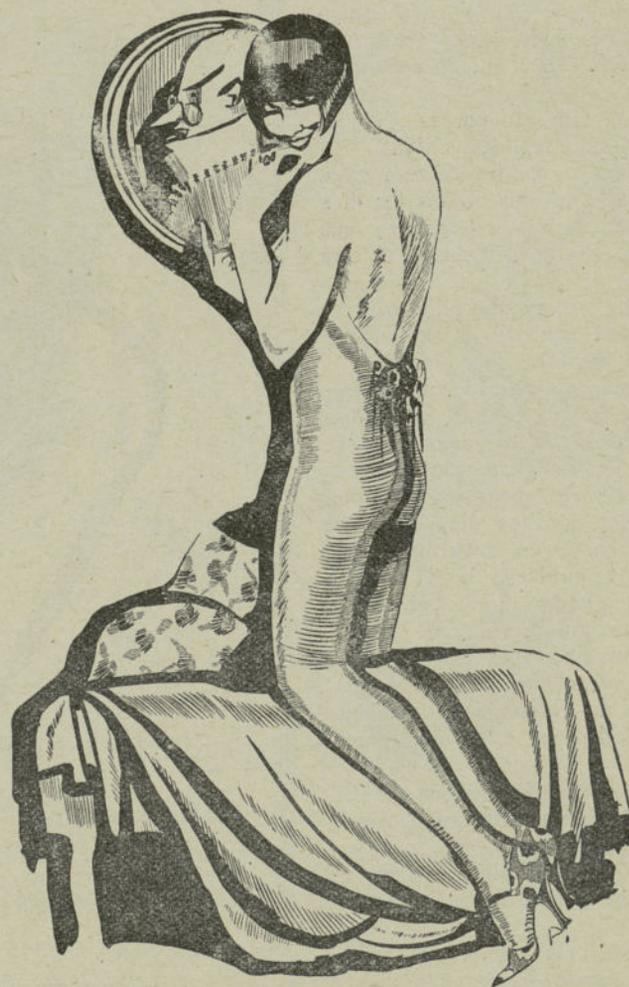
—¿Está la Gallega?—pregunta el hombre.

—¿Qué quieres tú con la Gallega, muchacho?—le contesta la voceilla ahilada de la vieja.

—Traigo un encargo urgente para ella, pero que muy urgente...

Y Serapio que, si espera más, estalla, aparta a la vieja de un manotazo y entra como una tromba...

JOSÉ A. LUENGO.



—Este es mi marido... ¡Tiene un talentazo! Pero estoy convencida de que si leyera menos... tendría menos sueño por las noches.

Dib. de Picó.

EL PLACER DE LOS DIOS

Era un hombre tranquilo, de suave carácter, pero ante la hazaña de la fámula, Teodoro Quintanilleja sacó del fondo del baúl su cachito de genio.

—¡Es usted una idiota!—gritaba enfurecido—¡a quién se le ocurre la estupidez que usted ha hecho! ¡nada, definitivamente, mañana saldrá usted de esta casa!

La fámula recibió el chaparrón sacando en limpio tan sólo que desde aquel momento podía considerarse dedicada a la esportiva tarea cinegética de la caza de nuevo hogar donde prestar su valioso concurso de criada para todo. Pero aquellas ofensas de idiota y estúpida con que Teodoro le había obsequiado no podían quedar así; ¡Qué se había creído el señor, que ella se iba a aguantar, pues menudo genio tenía ella para sufrir semejantes menosprecios!

Por eso, tan sólo por eso, fué el que la fámula replicase altiva:

—Bueno, yo me iré de esta casa, pero a usted le amargo los los días de su vida. Sepa usted tío loro, que su esposa, que doña Tula, se la está pegando.

—¡Calla, víbora apocalíptica, reptil maléfico! ¡quítate de mi presencia... que me estás mortificando!

—Pues no, no me callo, no me aseguro la criada con tesón que hacía oposiciones a un amoroso roce enérgico en su garzonesca nuca—. Sépalo usted que su esposa tiene un amante, que los los días lo recibe en su alcoba, es un chico mu guapo, sí, más que usted, so birria y más elegante que usted y más rumbo que usted, sí más que usted...

—¡Tutankamen me asista—exclamó faraónicamente Teodoro—calla, calla, que no respondo de ti ni de mí!... ¡Calla que estoy que muerdo!...

—¡Más que usted, más que usted!...—seguía la fámula con su acostumbrada pertinacia.

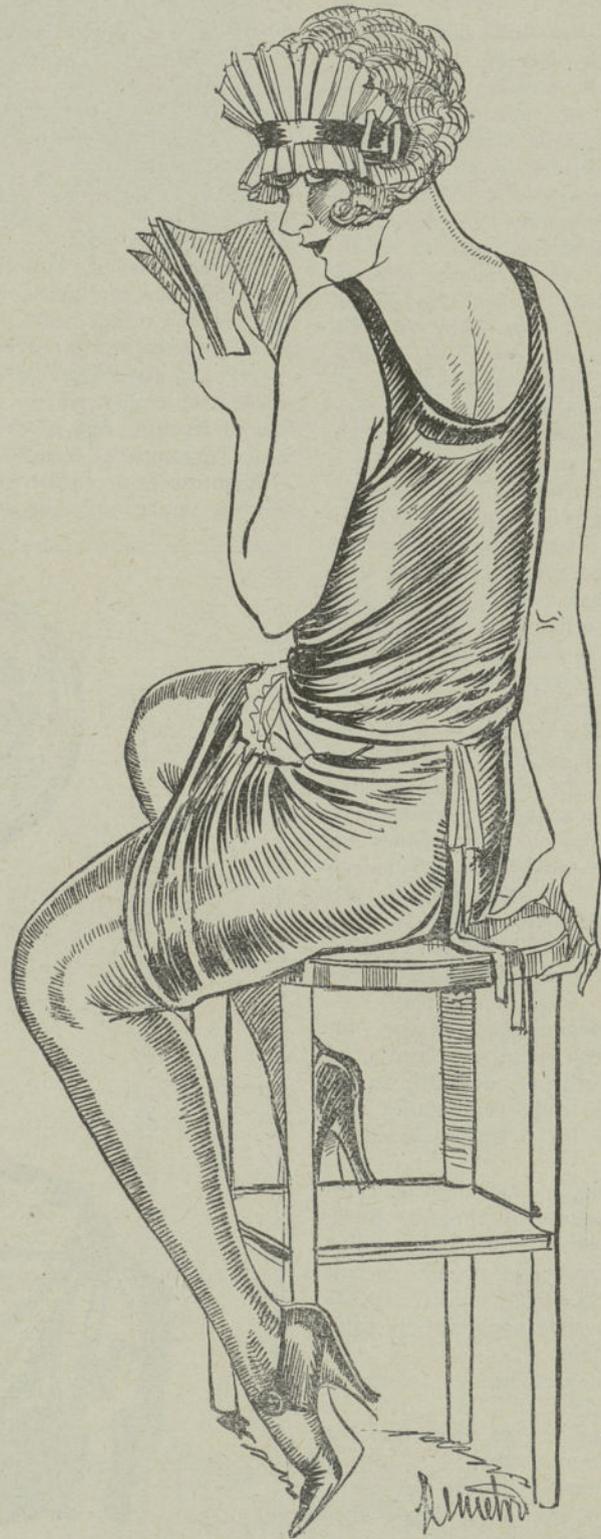
—Pero, dime, explica, ¿cómo es posible eso? ¿cómo no lo he notado yo?

—Es usted más infeliz que media tostada de abajo—repuso filosófica y despectiva—. Como que se cree usted que van a ser tan gilís que no van a guardar bien las apariencias, ya ellos saben hacerlo. Antes de que

aparezca usted en casa el joven s'ha dao el largo ya, tan sólo un día llegó usted antes de la hora, cuando aún

estaban en lo más íntimo de su coloquio.

—¿Pero cómo no lo vi yo? ¡habla!



—No vayan ustedes a figurarse que estoy leyendo una novela cochina; estoy leyendo el arte de ser o parecer una buena doncella.

Dib. de Demetrio.

—¡Vamos que el señor bate el recorde de la tontería! Ya tuvo buen cuidado la señora de esconder a su... amigo en el water.

—¡Ah! ¡qué desgracia la mía! ¡qué dolor más terrible; pero... —transición rápida— ¡ja, ja, ja!, mi venganza castigará a los culpables, mira, amable muchacha, tú seguirás en la casa, perdona mis frases hijas legítimas de la excitación, vas a ser mi colaboradora.

—¡Ay, señorito!—dijo ruborosa la fámula—yo no me atrevo, nunca he sido esas cosas, yo la verdad... no me atrevo... usted no es mal tipo... es simpático... pero vamos; yo ser eso de usted?...

—¡No digas idioteces, criatura! Yo no te pido más que me ayudes...

—¿Nada más? ¡qué lástima! ¡qué susto me he dado!

De común acuerdo Teodoro Quintanilleja y su fámula plantearon la celada. Aquella tarde el esposo burlado llegaría antes a su casa y así podría descubrir la infamia llevada a cabo con su integridad personal.

—¡Señorita, señorita! ¡Por Dios, que he visto al señorito entrar en el portal!

Revuelo armó la noticia en la alcoba, los amantes azorados, buscaban el refugio, ella la liviana doña Tula, aconsejó:

—Mira nene, vas a hacer lo que el otro día, te escondes en el water.

Ya los pasos de don Teodoro se escuchaban en el pasillo. La señora toda llena de amabilidad fué a recibir al esposo que nervioso y despojándose rápido del abrigo exclamó:

—¡Ah, mi querida Tula! ¡vaya un apuro que he pasado en la calle, me he puesto malo y...

Teodoro se dirigía resueltamente al water. La esposa comprendió clara la peliculita que se le preparaba y quería a todo trance evitar la entrada de su caro cónyuge en el reservado lugar.

—¿Dónde vas Teodorito?

—¡Mujer, qué pregunta! ¡ya te lo puedes suponer!...

—Teodorito, no vayas ahí, la chica está limpiando y tiene los cubos en el suelo, pasa a la alcoba...

—¡Déjame de historias, si tiene los cubos que los quite, estaría bueno!

Y Teodoro sin atender a más razones entró en el water, dando un fuerte portazo que a doña Tula le sonó a cañonazo.

Minutos más tarde Teodoro Quin-

tanilleja salía del water con visibles muestras de entusiasmo en el rostro.

Doña Tula, adivinando, mascando la tragedia, no se atrevía a articular palabra...

—¡Vaya con la esposa honorable! ¿conque tenías un amante? ¡Ah! ¡qué sabrosa es la venganza! ¡sufre, mujer impura, sufre el tormento del castigo, la fuerza de mi venganza!...

Doña Tula no pudo por menos de exclamar horrorizada:

—¡Virgen santísima: ¿qué has hecho?

—¡Pchs! ¡nada! ¡vengarme! El ha manchado mi honra, yo le he estropeado el traje... La venganza es el placer de los dioses que dijo Frascuelo.

MIGUEL ANGEL DE PEREDA.



CONOCIMIENTO DE CAUSA, por Picó.

La señorita.—Oye; tú que conoces ca si mejor que yo al señorito, porque has servido en su casa; ¿seré feliz con él?

La doncella.—Los cuatro primeros días; después se pone muy pesao.

SE HA PUESTO A LA VENTA EL TERCER NÚMERO DE LA BIBLIOTECA DE "COSQUILLAS"

30 CÉNTIMOS

Ecós de sociedad y movimiento veraniego.

Por AMARANTO

Hay quien se juega un filete a que no; pero es más cierto que la luz, que pasado mañana se efectuará en un reservado de la Bombilla, el enlace de la señora de Costadillo, el conocido revendedor de sifones con el acaudalado Casquero de la Plaza de Los Mostenses Exuperancio Mondongo. Yo me atrevería a censurar duramente la conducta del señor Mondongo, pero le debo *dende* el invierno pasado una asadura de cordero y un kilo de hígado, y estoy obligado a achantarme la *mui*.

En la madrugada de ayer se armo un follón de órdago a la gigantesca en la aristocrática morada, pintada de azul, de los vizcondes de La Ingle: Parece ser que el vizconde que duerme en habitación separada de la de la hermosa vizconda, regresó de madrugada con un tablón que valía por un pinar. Como el vizconde hizo excesivo ruido hasta encontrar la puerta de su dormitorio, salió al pasillo en *rasurel* un amigo de la vizcondesa a recriminar al vizconde porque no los dejaba descansar; y porque el vizconde a pesar de su escasa lucidez se burló del poco elegante corte de los calzoncillos del amigo de su señora, el otro comenzó a darle coces en el sitio del hígado que a poco lo destroza.

Para Arrastrarlos por el suelo de La Sopapera, el lindo pueblecito de la sierra, han salido nuestras particulares amigas las bellas doña Conjunción Perfecta, viuda de Agarradillo, y doña Suspiro Entrecortado, viuda de La Zorrera: Sabemos que llevan aceite en abundancia.

No hay quien nos menee esta noticia: Bajo palabra de que *es la primera vez*, ha contraído matri-

monio con el distinguido portero del Gazapera M. Z. A., Ramunchito Tontaniez, la linda hija del fabricante de percebes ozonopinados señor Langóstez, Lupercita Langóstez y Calentón.

Deseamos que Ramunchito no se dé cuenta de los cuatro conatos de matrimonio que Lupercita *ha llevado a cabo* antes de este enlace. Por más que no hay cuidado de que Ramunchito aunque se dé cuenta de que hace el quinto, no se sulfure mucho, porque el distinguido *de futbolista* ya no puede *chutar*. ¡Y hay que vivir!

Es ya un hecho el que don Cornelio Toro y Manso, apenas si se preocupa cuando sorprende a su señora rebuscando en los bolsillos del pantalón a los amigos que le visitan.

Para la elegante playa de Euluyaporsiacaso ha salido casi desnuda la virtuosa señora viuda de don Justo de Arribabajo. La virtuosa dama va dispuesta a dejar agonizantes a todos los bañistas varones en pruebas de resistencia.

Es ya cuantiosa la recaudación hecha en la tómbola que en la *Kremes* de la barriada de Las Cuarenta Fanegas, tiene establecida la marquesa Bollo Inflamado. En apenas once días que hace que funciona la tómbola ha recaudado ocho cuproniqueies. Merecen elogios las señoritas que sirven la tómbola, que aguantan lo que no es para narrado. Hay señorita que tiene el cuerpo negro a cardenales de resultados de andar por entre el distinguido público expendiendo *papeletas*.

Madrinas de guerra

Las solicitan

Antonio Picazo, Agrupación Artillería de Ceuta.

Juan Reyes. Batallón Cazadores de Africa, núm. 13. Quinta Compañía. (Melilla.)

Hermenegildo Alber. Cazadores de Africa, núm. 13. Quinta Compañía. (Melilla.)

Henri de Launecy, Pierre de

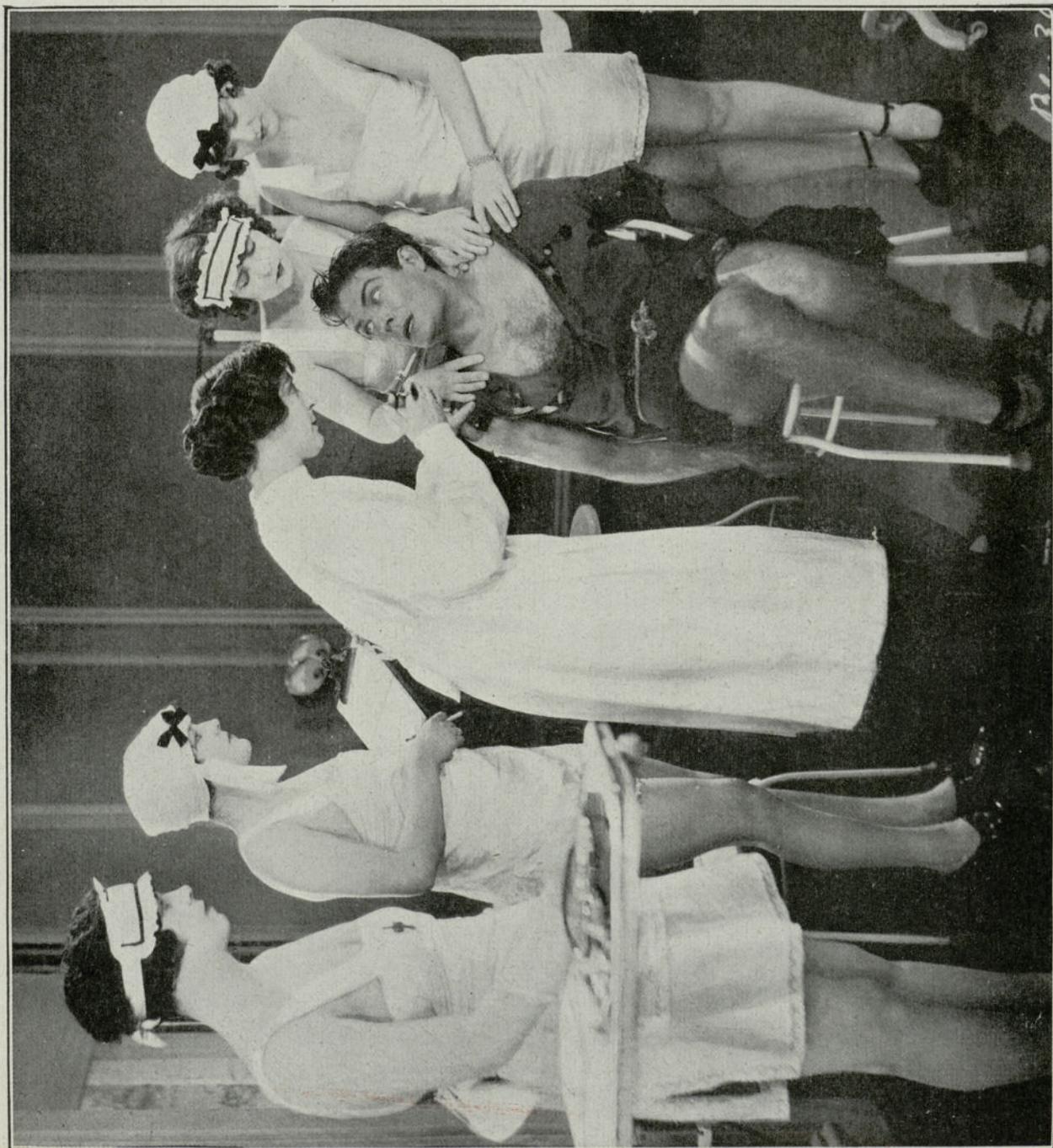
Monsecy y Lasques du Vernoy. Quinta bandera. 18 Compañía del Tercio (Larache.)

Los cabos Aguirriaguerra y Cesáreo Martín, y los soldados Hilario Bartolomé; Esteban Gorostiza; José Dopico; Manuel L. Coroside; Luis Mulas; Manuel Florín; Casimiro Sánchez Labrador; Gregorio Alonso; José Casado; Ignacio Rildain; Faustino Fernández; Manuel Díaz; Bernardo Calnera y Fernando Cue. Regimiento Infantería de Melilla, núm. 59. Primera del segundo, destacadas en el bloque E. "Targuists".



LAS CHULAS EN 1927, por M. Bosch.
Estamos tan estilizás, que hasta pa ciertas cosas hacemos la estatua.

UNA ESCENA DE LA FOR-
MIDABLE Y APLAUDIDI-
SIMA PELICULA DE LA
FOX-FILM, TITULADA "EL
ULTIMO VARON SOBRE LA
TIERRA".





Esta que aquí ves, querido lector, es Miss Florence Grane, la graciosa bailarina, que viaja a bordo del navío norteamericano "Leviatan", con su dogo "Yumbo". A mí me gusta Miss Florence, que *pa* qué les voy a narrar; pero me estorba "Yumbo". Yo, si consiguiera casarme con la Grane (¡con la *grane* que tengo!), le diría: "Mira, Florencita; ¡o el perro o yo; elige!" ¡Y lo que ella dispusiera!

Vuestro hasta el postrer ladrido,

INCÓRDIEZ.